

# López Velarde, *Pegaso* y su nostalgia por la provincia

---

*Ángel José Fernández*

*A Francisco Montfort Guillén*

Rafael Heliodoro Valle explicaba, en el adelanto de sus memorias, que Ramón López Velarde “cuando hablaba parecía más bien un muchacho de provincia”. Esta apreciación sobre su fisonomía pudiera ser importante por provenir de un joven centroamericano que había llegado a la metrópoli con el propósito de estudiar en la Escuela Nacional de Maestros y buscar su consagración como escritor. Y, aunque Valle y López Velarde se trataron poco y a destiempo, cuando el mexicano “tenía ‘la edad del Cristo azul’, y acababa de escribir ‘La suave patria’”, aquél nos dejó un retrato “con alma” por contener doble registro: el aparente y el profundo.<sup>1</sup>

Este mismo rasgo dominante puede desprenderse de los recuerdos de otros dos poetas que estaban en franca formación: Villaurrutia y Gorostiza. Xavier Villaurrutia lo conoció en los pasillos de la Escuela Nacional Preparatoria, enfundado en su *jaquet* negro que tiraba a verde, cuya tela como de “ala de mosca” le venía bien al conjunto de su persona. Villaurrutia lo retrató de cuerpo entero:

Algo había en su figura que hacía pensar, indistintamente, en un liberal de fines del siglo pasado y en un sacerdote católico de iglesia del Interior, que gozara de unas vacaciones en la capital. En ambos casos la provincia lo acompañaba, viajaba con él, rodeándolo con un halo de luz o de sombra. [...] Si había algo desconcertante en su persona, ese algo era, cosa rara, la sencillez.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Rafael Heliodoro Valle: “Pretérito perfecto”, en *Cuadernos Americanos*, México, año XI (mayo-junio de 1952), núm. 4, p. 275.

<sup>2</sup> Xavier Villaurrutia: “Ramón López Velarde”, en *Textos y pretextos. Literatura, drama, pintura*, México, La Casa de España en México, 1940, pp. 4-5.

Gestos y, sobre todo, su actitud, lo perfilaban, tanto en vida como en obra, al decir de José Gorostiza, quien no vaciló en calificar a López Velarde como “un *payo*”, aplicándole a esta palabra “su sentido doble”, en tanto que, en López Velarde, concurría “una actitud de curioso” y un desdoblamiento espectacular: el de provinciano que, siendo “una pieza de maquinaria: campesino, comerciante, poeta”, al viajar consiguió asumir “caracteres de descubridor o de conquistador”, lo que quería decir que se había volcado hacia fuera. Recordaría Gorostiza en 1924:

Iba por las calles –a la una, a las siete– con los cinco sentidos abiertos al mundo de afuera, porque el payo es sensual (digamos descubridor) antes que conquistador o sentimental. “Perdone usted –parecía decir– yo descubrí el color, el aroma, el sonido. Son míos por consiguiente; pero me agradecerá mucho que usted los advierta y los goce”.<sup>3</sup>

Estamos, pues, frente a una visión del último López Velarde, de aquel que había marchado en el devenir de *La sangre devota* a la complicación temática, formal y decisiva de *Zozobra*; específicamente, la que diera una nueva orientación a nuestras letras, complementada con otra, sólo apuntada en la propuesta de “La suave patria”, y que alcanzara en el poema “El presidente”, de Jorge Hernández Campos, uno de sus frutos tardíos.<sup>4</sup>

A lo largo de su tránsito humano, cuyo punto final había implicado radicarse con su familia en la agitada capital de la República, había tenido algunas escalas en la provincia; había ingresado, durante su formación, en ese “mundo encendido de la bohemia provinciana lleno de aspiraciones y consciente de su valor”, cuando su vida sentimental estaba “arraigada en el Jerez de Fuensanta, la estudiantil en San Luis y la periodística y literaria en Aguascalientes”.<sup>5</sup> Había pasado por el seminario, donde vacilaría su temprana vocación para adquirir otra: la de abogado, la cual, como se sabe, le había sido impuesta por su padre y de la que, de manera tangencial, tomaría experiencia para cumplir con una aspiración: hacerse miembro del Partido Católico Nacional e incursionar, bajo su fórmula, en la actividad pública.

Por lo pronto, luego de titularse como abogado y desempeñarse como juez en Venado, visitaría por primera vez la capital, en 1912. Debe

---

<sup>3</sup> José Gorostiza: “Ramón López Velarde y su obra”, en *Prosa*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1969, p. 101.

<sup>4</sup> Jorge Hernández Campos: *A quien corresponda*, México, Imprenta Universitaria, 1961.

<sup>5</sup> Ramón López Velarde: *Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles (1905-1913)*, “Estudio preliminar” de Guillermo Sheridan, México, FCE, 1991. Véase “Estudio...”, p. 16.

tomarse en cuenta que, hacia 1910, volvería a San Luis Potosí, donde había trabado relación con Francisco I. Madero y a quien frecuentaban él y sus amigos, y donde, en su calidad de abogado, colaboraría profesionalmente en la defensa penal del opositor del general Porfirio Díaz. Allí en la ciudad de San Luis Potosí hubo de afianzar, de igual modo, su obra como periodista y proseguiría acrecentando su obra como poeta lírico.

La amistad que trabaría con Eduardo J. Correa, entre otros lazos personales e ideológicos, lo impulsó al establecer vínculos que lo enfilarian al encauzamiento de sus aspiraciones personales y esto lo llevó a pensar en la capital de la República, que utilizaría como plataforma para sus planes políticos. La Ciudad de México “lo atraía” y estaba allí, aguardándolo, llamándolo; sólo que él se mostraba temeroso; por esta razón México sería para López Velarde “la ciudad deseada y aborrecida”.<sup>6</sup>

Desde San Luis (como antes desde Jerez o Zacatecas o como luego desde su éxito en la prensa de Aguascalientes y Guadalajara), López Velarde miraría a la capital como el escenario para el desdoblamiento de su actitud vital: allí estaba el espacio público, el escenario de sus aspiraciones políticas, el sitio en donde se granjearía, a pulso, la fama; sería éste el lugar del progreso requerido para su bifurcación como “payo” y como conquistador. Y si en San Luis Potosí había abordado el ferrocarril con nuevos ojos y a través del tren recorrería el trayecto de “la integridad inocente hasta el despertar de la pasión” —como señaló Phillips—, instalarse en definitiva en México, cosa que ocurrió a partir de 1914, hubo de implicar, también, un acto de reflexión personal y artístico.<sup>7</sup>

La capital, a su vez, era reflejo de la revuelta situación del país. Y, a pesar de los malos augurios y de los hechos trágicos que iba registrando en todo lugar la Revolución, los ojos del jerezano alcanzaron a contemplar “la región más transparente del aire”, según la visión alfonsina. López Velarde sería testigo tanto del abandono en que se había dejado al espacio público como de aquella fuerza renovadora que brotaba de la Escuela Nacional Preparatoria e inyectaba con nueva savia a la incipiente Universidad Nacional; se percataría, asimismo, de los trabajos del Ateneo de la Juventud y de la Sociedad de Conferencias, cuyos integrantes ofrecieron una especie de respiración artificial a la urbe, en tanto la lucha armada ejercía fuerte presión en distintos lugares del interior de la República.

---

<sup>6</sup> Cfr. *Ibid.*, p. 23.

<sup>7</sup> Allen W. Phillips: “Nuevos encuentros con López Velarde”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, México, UNAM (enero-diciembre de 1975), núm. 12, pp. 297-306.

Las calles palaciegas de la colonia Roma o las del centro de la capital fueron a su vez reflejo fiel del testimonio de los pasos del poeta, a donde iba y venía “por las calles –a la una, a las siete– con los cinco sentidos abiertos al mundo de afuera”, tal como lo recordaría José Gorostiza. López Velarde ensancharía allí su círculo de amigos: trabaría relación con Enrique Fernández Ledesma y Rafael López (quien entonces firmaba sus crónicas con el pseudónimo *Lázaro P. Feel* en las páginas de *Revista de Revistas*); conocería a José Juan Tablada (el revolucionario “abstracto” e inminente autor de las *Crónicas neoyorkinas*) y a Enrique González Martínez (quien luego de torcerle “el cuello al cisne” se convertiría, arrepentido y en el exilio, en “el hombre del búho”); se relacionó con el pintor Saturnino Herrán, uno de sus íntimos más íntimos,<sup>8</sup> y con el académico Alejandro Quijano (el hermano de Margarita Quijano Terán... la pretendiente arrepentida del poeta).<sup>9</sup> Allí, en la capital, López Velarde esperaba a que volvieran de la purga colaboracionista González Martínez y Efrén Rebolledo, con quienes Ramón echaría a andar, en 1917, el proyecto de la revista *Pegaso*, del que en las páginas siguientes trataré.

1915 fue año clave para Ramón López Velarde y también para la República. El poeta descubriría, entonces, su sistema medular de escritura al organizar, escoger y purgar los poemas de *La sangre devota*, su primer libro. Adquiriría, con éste, la mayoría de edad como poeta, a los 27 años, aunque entonces atravesara por su primera desilusión –adelantándose, en franco acto premonitorio, a la muerte física de Josefa de los Ríos, su *Fuensanta*–,<sup>10</sup> pues ella fue “la mujer que dictó casi todas las

---

<sup>8</sup> González Martínez escribiría en *La apacible locura* (1951): “A la memoria de Herrán asocio la de Ramón López Velarde, su amigo íntimo. Pero Ramón, a los treinta y tres años, pudo dejar una obra nueva, ejemplar e imperecedera. La muerte lo abatió cuando había ya conquistado la cumbre. La vida artística de Herrán se truncó a medio camino”. Cfr. Enrique González Martínez: *Obras completas*, edición, prólogo y notas de Antonio Castro Leal, México, El Colegio Nacional, 1971, pp. 739-740.

<sup>9</sup> Hacia 1915, López Velarde conoció en México a Margarita Quijano Terán, “al parecer diez años mayor que el poeta, a quien corteja apasionadamente. Ella será la inspiradora de uno de los últimos poemas de *La sangre devota*, de algunos de los poemas más importantes de *Zozobra* y de una prosa, ‘La dama en el campo’, publicada el 26 de febrero de 1916. El rompimiento de esta ilusión quedó transfigurado en el poema ‘La lágrima’”. Cfr. José Luis Martínez: “Examen de López Velarde”, en Ramón López Velarde: *Obras*, México, FCE, 1971, p. 47.

<sup>10</sup> El rompimiento de la relación amorosa con *Fuensanta* había sido temprano. En carta que López Velarde le remitiera a Eduardo J. Correa, el 15 de noviembre de 1909, le confesaba: “Soy doliente de una larga e intensa pasión, fallecida este otoño, Fuensanta, amigo mío, es un cadáver en mi ánimo”. La muerte física de Josefa de los Ríos acaeció en el Valle de México, “después de una larga enfermedad”. Cfr. José Luis Martínez: “Examen de López Velarde”, en Ramón López Velarde: *Obras...*, op. cit., pp. 45 y 49.

páginas” del libro, y a quien, en la segunda edición, pusiera ofrenda.<sup>11</sup> Aquella fue la época, de igual modo, en que López Velarde revelara “de manera llana y sencilla las complejas emociones” que dieran origen “a sus mejores poemas y prosas”, obras todas ellas con las que propusiera la modernidad ajena a las vanguardias, por medio de un lenguaje “lírico e insólito”, más “vital” que “cerebral” e impregnado con la “estética de la corazonada”. Allen W. Phillips, en un artículo posterior al extenso ensayo que dedicó al poeta y al prosista,<sup>12</sup> matizaría las expresiones que Octavio Paz hiciera en su ensayo “El camino de la pasión”, al reafirmar: “Creo que ha quedado desterrada, para siempre, la errónea noción de sencillez provinciana de la poesía de López Velarde, sobre todo si se piensa en cómo la provincia, uno de sus temas permanentes, se va llenando progresivamente de contenido espiritual”.<sup>13</sup>

Para el Estado mexicano, 1915 fue uno de los años de la reconstrucción en plena lucha revolucionaria. Manuel Gómez Morín, al reflexionar sobre esta generación a la que pertenecía y que denominó “de 1915” –según otros, la de “los siete sabios”–, planteaba la necesidad de “organizar una ideología” que supliera “los vagos deseos y la indefinida agitación” producida por la lucha armada, la cual a todos había conmovido “hasta el malestar físico”; proponía una “ideología de la vida mexicana [...] adecuada a propósitos humanos” que resolviera “las graves contradicciones”. Su reflexión tocaba, también, la necesidad de generar una reforma educativa y cultural, en tanto que, de acuerdo con sus argumentos, “González Martínez recordaba el místico sentido profundo de la vida, Herrán pintaba a México, López Velarde cantaba un México que todos ignorábamos viviendo en él”.<sup>14</sup>

Proponía Gómez Morín, en suma, un nuevo pacto, que estuviera basado en la paz y cuya acción contribuyera al progreso y al desarrollo. Utopía o verdad, lo verdaderamente saludable sería recordar que, con la aparición en 1916 de *La sangre devota*, se fundaría la poesía contemporánea de México. Y allí, en esas páginas primeras, no era casual que su

---

<sup>11</sup> Ramón López Velarde: “Prólogo a la segunda edición” de *La sangre devota*, en *Obras...*, *op. cit.*, p. 83. Véase la dedicatoria del poema “En el reinado de la primavera”, “como sola novedad” en la segunda edición: “a Josefa de los Ríos / \* 17 de marzo de 1880 / † 7 de mayo de 1917” (p. 84).

<sup>12</sup> Allen W. Phillips: *Ramón López Velarde, el poeta y el prosista*, México, INBA, 1962, 354 pp.

<sup>13</sup> *Cfr.* Allen W. Phillips: “Nuevos encuentros con López Velarde”, *op. cit.*, p. 298.

<sup>14</sup> Manuel Gómez Morín: *1915*, México, Editorial Cultura, 1927, pp. 32 y 7, respectivamente.

autor solicitara al lector le fuera “permitido un alegato”, a modo de una declaración de fe:

(En abono de mi sinceridad  
séame permitido un alegato:  
entonces era yo seminarista  
sin Baudelaire, sin rima y sin olfato).<sup>15</sup>

Declaración con la que desterraría López Velarde, no su “provincianidad” (de la que nunca se alejó), sino la falsa concepción que muchos metropolitanos se habían formado de los moradores del interior, de “tierra adentro”. A partir de allí surgiría, en el poeta, la separación del hombre humano y espiritual. Tampoco había sido casual que, en 1916, apareciera “La corona y el cetro de Lugones”, uno de sus mejores artículos, como tampoco lo fue esa simbiosis allí desarrollada y en la que pusiera a convivir, junto a Lugones, a Góngora y Darío, lo mismo que a los implícitos por antonomasia: Verlaine y Laforgue. Voces todas ellas que lo ayudaron en la recuperación sentimental de la provincia.<sup>16</sup>

López Velarde habría de romper, así haya sido de manera temporal, con los aspectos formales para proponer una nueva escritura: hay en los poemas de *La sangre devota*, entre otros elementos, la imposición de la estrofa irregular y la alternancia de metros y rimas de múltiples registros.<sup>17</sup> Frente a ello, cabría preguntarse: ¿fue López Velarde factor de

---

<sup>15</sup> Ramón López Velarde: “Tenías un rebozo de seda...”, en *Obras, op. cit.*, p. 85.

<sup>16</sup> Ramón López Velarde: “La corona y el cetro de Lugones”, en *Vida Moderna*, 19 de octubre de 1916. *Cfr. Obras...*, *op. cit.*, pp. 478-481.

<sup>17</sup> Mantuvo, sin embargo, algunos poemas manufacturados con moldes clásicos y estructuras regulares. Trabajó en cuartetos de endecasílabos “Tenías un rebozo de seda...”, con la estructura ABCB y un juego de rimas destrabadas, a excepción de un heptasílabo: “de maleza y de nieve” (segundo verso del último cuarteto) [*cfr. Obras*, p. 85]. Con diez décimas construyó “Viaje al terruño”, en las que ocupó la estructura canónica ABBAACDDC (*cfr. ibidem*, pp. 86-89). Incluyó, asimismo, cinco sonetos: “Domingos de provincia”, con versos alejandrinos, el esquema de serventesios para las cuartetos y una estructura ABAB ABAB CDC EDE, con rimas consonantes (pp. 89-90); resolvió en endecasílabos el soneto “Para tus dedos ágiles y finos”, con la estructura ABBA ABBA CDC EDE (pp. 102-103); “Noches de hotel”, también resuelto en alejandrinos, pero con la estructura ABAB CDDC EEF GCG, combinándola al trabar los cuartetos de modo diferente y destrabar un juego de rimas en los tercetos (p. 103); volvió al endecasílabo en “Mientras muere la tarde...” con rimas trabadas y la estructura ABBA ABBA CDC EDE (p. 103); en el soneto “Del pueblo natal” ocupó de nueva cuenta el alejandrino con la estructura ABBA ABBA CCD RED (p. 106). Ocupó en “El campanero” la quintilla endecasilábica y la estructura rímica ABAAB CDCCD EFEFF (pp. 113-114). Y, finalmente, ocupó la cuarteta octosilábica en “Tus hombros son como un ara...” (p. 117), con un

una ruptura o sólo fue un reformador de la tradición?, ¿lo haría de manera consciente?, ¿o sólo era un rebelde irredento?, ¿quizá un simple ajustador de cuentas, o acaso un azuzador de los que abominaban de la vanguardia? Lo cierto es que consiguió con *La sangre devota* la consolidación de una nueva escritura donde “lo insólito” apareció, por fin, en nuestras letras:

He de encomiar en verso sincerista  
la capital bizarra  
de mi Estado, que es un  
cielo cruel y una tierra colorada.

Una frialdad unánime  
en el ambiente, y unas recatadas  
señoritas con rostro de manzana,  
ilustraciones prófugas  
de las cajas de pasas.

Católicos de Pedro el Ermitaño  
y jacobinos de época terciaria.  
(Y se odian los unos a los otros  
con buena fe).

Una típica montaña  
que, fingiendo un corcel que se encabrita,  
al dorso lleva una capilla,alzada  
al Patrocinio de la Virgen.

Altas  
y bajas del terreno, que son siempre  
una broma pesada.

Y una Catedral, y una campana  
mayor que cuando suena, simultánea  
con el primer clarín del primer gallo,  
en las avemarías, me da lástima  
que no la escuche el Papa.  
Porque la cristiandad entonces clama  
cual si fuese su queja más urgida  
la vibración metálica,  
y al concurrir ese clamor concéntrico  
del bronce, en el ánima del ánima,

---

esquema en el que varió rimas y mantuvo la estructura ABCA, dejando sin trabar las rimas internas. Esta última estructura la repitió López Velarde en otros poemas, con diversos metros o alternando más de una medida. En el resto de los poemas de *La sangre devota* —como he dicho— López Velarde propuso otras formas con las que afianzó su estilo. En *Zozobra* abandonaría las estructuras regulares del canon y reafirmaría una vocación de estilo distinta, compartida con sus últimos poemas y que sólo modificara en la escritura de “La suave patria”.

se siente que las aguas  
del bautismo nos corren por los huesos  
y otra vez nos penetran y nos lavan.<sup>18</sup>

Sólo cabría preguntarse si esta descomposición normativa de *La sangre devota* no alcanzaba a alterar, por disipación, o incluso a destruir, por causa de esta misma disipación, los cánones de la contención, elemento tan caro a la poesía. ¿Estaríamos frente a otra concepción de la efectividad de la poesía, que ha ganado en movimiento, en riqueza verbal y en su aspecto comunicativo?

Fueron estas tesis, indudablemente, las que dieron pie a una reflexión posterior de Octavio Paz, al sugerir —en 1966— que el fenómeno literario Ramón López Velarde había sido el detonante de la poesía en movimiento, al consolidar, para la imagen, una nueva dinámica; al modo en que, en *Tablada*, lo fuera el aspecto gráfico, como antítesis de la poesía de González Martínez, despreciada por Paz y anulada, por tanto, de su propuesta estética. Acompañaban a esta poesía en movimiento los trabajos en prosa de Mariano Silva y Aceves y Julio Torri, que compartían la síntesis en la utilidad del lenguaje, y quienes tendrían como oponentes obras como el ciclo memorioso del *Proconsulado* de José Vasconcelos o la novelística de Martín Luis Guzmán, en las cuales el movimiento se dilataba y con lo que la técnica de la descripción adquiriría modelos consumados.

Frente al éxito de *La sangre devota*, Ramón López Velarde, antes que “abrirse” al lector con la imagen fácil e inmediata, se “encerraba” en la búsqueda de otros horizontes líricos. Intentaría, sin embargo, otros modos de expresión que reflejaran, con precisión, la profundidad de su crisis espiritual, que iba en franco avance, como un “cáncer” incurable. Sus nuevas fuentes, que eran complementarias de las anteriormente asumidas, fueron seleccionadas del mundo árabe y de la tradición oriental. (Baste como ejemplo la estancia inicial de su poema “Treinta y tres”:

La edad de Cristo azul se me acongoja  
porque Mahoma me sigue tiñendo  
verde el espíritu y la carne roja,  
y los talla, al beduino y a la hurí,  
como una esmeralda en un rubí.)<sup>19</sup>

---

<sup>18</sup> Ramón López Velarde: “La bizarra capital de mi Estado”, en *La sangre devota*. Cito por la segunda edición, México, Editorial Cultura, 1941, pp. 45-48.

<sup>19</sup> Ramón López Velarde: “Treinta y tres”, en *México Moderno*, año I (1º de noviembre de 1921), núms. 11 y 12, p. 249. Como esta versión de época adolece de variantes, tomo la de sus *Obras*, pp. 194-195.



De su lucha por conseguir y depurar aún más sus rasgos estilísticos nacería su segundo libro: *Zozobra*, impreso en 1919. Nadie duda ahora que éste sea el libro más importante de López Velarde. Octavio Paz conjeturaba hace casi medio siglo, al exponer las preocupaciones orientalistas de entonces, sobre todo en Vasconcelos y Tablada, que esos temas eran vías alternativas de conocimiento. A lo hindú y lo japonés accedería el verso de López Velarde y se uniría, sin afiliarse del todo, a esta inquietud intelectual, filosófica y artística que en Vasconcelos persistió al plantear sus hipótesis de la “raza cósmica” y en Tablada para adivinar el paisaje, el sentimiento oriental de lo trascendente y con ambos elementos adjudicarse, junto con el ejercicio de la escritura ideográfica, el papel de haijín. En los versos de López Velarde se daría una hibridación algo tardía pero que tuviera como sustrato las fuentes primordiales del cristianismo primitivo y un agregado más, a costas de su evolución personal, parejo al tránsito de la aldea a la ciudad y a los recuerdos de su niñez.

Quizá por esta causa, de *Zozobra* en adelante el poeta se ha tornado hermético; y de este hermetismo haría brotar un aspecto esencial: el de la tradición criolla. El criollismo de López Velarde debe analizarse en sentido profundo, pues este tipo de construcción ha derivado hacia otro modelo cultural, que dio como resultado el mestizaje de la poesía mexicana. En *Zozobra*, los poemas ahora persiguen otra forma (“Yo persigo una forma”, había declarado Darío) y esta construcción dejaba atrás ciertos vuelos líricos antes experimentados en los poemas de *La sangre devota*. La poesía velardiana sufriría, entonces, una transformación:

Transmútase mi alma en tu presencia  
como un florecimiento  
que se vuelve cosecha.

Los amados espectros de mi rito  
para siempre me dejan;  
mi alma se desazona  
como pobre chicuela  
a quien prohíben en el mes de mayo  
que vaya a ofrecer flores en la iglesia.

Me contemplo en tu rostro  
la redecilla de medrosas venas,  
como una azul sospecha  
de pasión, y camino en tu presencia  
como en campo de trigo en que latiese  
una misantropía de violetas.

Mis lirios van muriendo, y me dan pena;  
pero tu mano pródiga acumula

sobre mí sus bondades veraniegas,  
y te respiro como a un ambiente  
frutal; como en la fiesta  
de Corpus respiraba hasta embriagarme  
la fruta del mercado de mi tierra.

Yo desdoblé mi facultad de amor  
en liviana aspereza  
y suave suspirar de monaguillo;  
pero tú me revelas  
el apetito indivisible, y cruzas  
con tu antorcha inefable  
incendiando mi pingüe sementera.<sup>20</sup>

La recepción que la crítica ofreciera a *Zozobra* pudiera resumirse en un concepto: el extrañamiento. Ante ese extrañamiento pueden surgir algunas preguntas: ¿por qué el cambio contra la pureza de la forma?, ¿por qué ese “retorno maléfico” hacia aquellos principios superados por los poemas de *La sangre devota*? Lo cierto es que la magia de *Zozobra* ha perdurado, como ha perdurado la dificultad en *Lascas* de Salvador Díaz Mirón y el erotismo en *Caro Victrix* de Efrén Rebolledo. A propósito de *Zozobra*, debe acotarse el poema final: “Humildemente...”, porque allí ha quedado documentada la “desvelación conciente” que el poeta brindaría como defensa frente a la recaída involucionista. Gracias a este poema, apreciamos que en las entrañas de *Zozobra*, como afirmaría Phillips en 1975, “la provincia pertenece a un pasado cerrado e imposible para el escritor solitario y lejano, pero aún así, en toda su lejanía, parece ser un discurso o un refugio más que otra cosa: una nostalgia permanente”.<sup>21</sup>

Siendo López Velarde hombre comprometido con su ideal, al ocurrir en mayo de 1920 el asesinato de Carranza tomó la decisión de abandonar la vida pública, buscar un refugio en el libre ejercicio de su profesión, en la intimidad de lo privado o sin rebasar la frontera del escritorio o de la mesa de redacción. Esta realidad compartida con la crisis mexicana pudo haber sido una de las causas de su prosecución estética, ya que con esta nueva visión volvería a sus temas, a su “nostalgia permanente”; sólo que ahora combinaba la presencia del terruño con la añoranza del pasado, en tanto que *topus amoenus*, imagen y universo para salir a flote de su crisis moral, de su cruda política y de sus vericuetos personales.

---

<sup>20</sup> Ramón López Velarde: “Transmútase mi alma...”, en *Obras, op. cit.*, pp. 128-129.

<sup>21</sup> Allen W. Phillips: “Nuevo encuentro con López Velarde”, *op. cit.*, p. 303.

Lejanos habían quedado los tiempos de su formación artística y de su relación profunda con Eduardo J. Correa. Correa había contribuido a divulgar su poesía y sus artículos en los periódicos que dirigió y, al morir el padre de López Velarde, además de ocupar espiritualmente su lugar, se convertiría en su consejero. La amistad hizo crisis cuando ambos competieron dentro del Partido Católico Nacional por una postulación para aspirar a una curul en el Congreso. Luego de la separación ocurriría el reclamo de Correa por la desviación doctrinaria de López Velarde, por su distensión como militante del que fuera su partido y por el desdoblamiento (“en liviana aspereza / y suave suspirar de monaguillo”) que experimentara López Velarde al radicarse en la capital. Todos estos síntomas fueron recordados por Correa en la nota necrológica que le dedicara al zacatecano, donde además aprovecharía para hacer un deslinde: identificarse con aquellos trabajos que López Velarde escribiera con el pseudónimo de *Esteban Marcel* publicados durante 1909 en *El Regional* de Guadalajara, y extrañarse de la postura capitalina de su antiguo correligionario:

López Velarde –expresó Correa en junio de 1921– se dejó vencer por la tentación, y nunca nos atreveríamos a sostener que con ello haya obrado bien. [...] ¿No es explicable, por humano, que un joven lleno de aspiraciones nobilísimas, al no hallar estímulo entre los suyos, se eche en brazos de los que brindan fama y bienestar? Exigir que renuncie a sus ambiciones, que les corte las alas a sus sueños, que se hunda en la oscuridad del silencio, por despreciar el vehículo de popularidad de los diarios enemigos, los cenáculos donde se le aclama y las manos que lo empujan, es casi una obra heroica de renuncia, que quizá no tengamos derecho a pedir, cuando para todo impulso de los nuestros nos encontramos en la aridez y en la infecundidad de una apatía y un egoísmo culpables. [...] Reconocemos y aquilatamos su valor, pero juzgamos que equivocó el camino. Nos parece más admirable en sus principios que a través de *Zozobra* pero de todos modos sí reivindicamos los honores tributados a ESTEBAN MARCEL, porque éste sí fue católico, confesó siempre su filiación cristiana y amorosamente se durmió en el regazo de la Iglesia.<sup>22</sup>

¿Estaríamos, por ventura, frente a un López Velarde que renegara de sus principios morales y religiosos por complacencia, que por complacencia abdicara de sus ideales o por haber sido ninguneado por su partido, con cuya doctrina y bases comulgaba?, ¿o estaríamos, de plano, frente a un sujeto que de manso feligrés trocara en pervertido por las monstruosidades que le fueran revelando las experiencias “a lo humano” que viviera en la gran capital? ¿Se pasaría, acaso, al bando contrario –es decir, a “los

---

<sup>22</sup> Eduardo J. Correa: “Ramón López Velarde”, en *Correspondencia con Eduardo J. Correa...*, op. cit., pp. 40-41.

diarios enemigos”, a “los cenáculos” donde se le aclamaba— por el hecho de que éstos, además de adularlo, le daban un lugar?, ¿aceptaría chambras de burócrata, siempre como segundón, por causa de sus apuros domésticos? ¿O se afiliaría, por despecho de los suyos o por convencimiento de los otros, al programa de reconstrucción nacional como cualquier hijo de vecino que ha cobrado precisa cuanto inevitable conciencia ciudadana? Muchas de estas preguntas merecen, por lo menos, una breve revisión.

Durante 1917, López Velarde codirigió la revista semanal *Pegaso*; compartiría esta responsabilidad con Enrique González Martínez y Efrén Rebolledo.<sup>23</sup> Poco se sabe de la línea de este impreso, que circuló cuatro meses y de la que sólo aparecieron veinte números;<sup>24</sup> la portada del primero de éstos era un trabajo de Saturnino Herrán: un significativo “Pegaso” que remontaba el cielo de la ciudad con su elegante trote volador; el campo simbólico era el asiento de la sociedad y de los poderes público y eclesiástico, sólo que en el grabado resaltaba, a la par que el “Pegaso”, la edificación del enorme templo católico, que topaba con las nubes debido a su tamaño, que era muy superior al resto de los demás elementos gráficos.

*Pegaso* no avisó a sus lectores acerca de los propósitos que alentaba; pero si se revisa el elenco de sus colaboradores y el listado de sus artículos la duda comenzará a despejarse.<sup>25</sup> Trató la revista, entre muchos más, estos temas predominantes: el paraíso y la pobreza, el pasado colonial, la búsqueda de la tradición mexicana y, de manera sumamente importante, la presencia en México de los Estados Unidos frente a los acontecimientos de Europa (sobre todo los que sucedían en Alemania, Francia e Inglaterra), así como en Rusia, esto es, que *Pegaso* mostraba y daba noticia tanto de los actores como del escenario de la Primera Guerra

---

<sup>23</sup> *Pegaso. Revista Semanal*, México, t. I, 20 números. Existe edición facsimilar, en *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*, México, FCE, t. I, 1979; t. II (complemento), 1980.

<sup>24</sup> El primer número de *Pegaso* llevaba la fecha 8 de marzo de 1917 y el 20, que fue el último, apareció el 27 de julio de ese mismo año.

<sup>25</sup> En 1947, recordaría Francisco Díaz de León la figura de su maestro Saturnino Herrán y la época de *Pegaso*, que coincidió con su llegada a México para estudiar en la Academia Nacional de Bellas Artes, pensionado por el gobierno de Aguascalientes. Herrán lo condujo “a la redacción de una revista literaria de propaganda aliada en la otra guerra mundial, a donde se me dio acceso como dibujante gracias a su recomendación. Allí pude conocer un poco de cerca a los redactores y amigos de Herrán: a López Velarde, al doctor González Martínez, a Rebolledo, a Urueta, Rafael López, Toussaint... lo más granado de las letras mexicanas”. Cfr., Francisco Díaz de León: “Saturnino Herrán. Recuerdos de un discípulo”, en *México en el Arte*, México, INBA (primavera de 1949), núm. 7, pp. 100-107.

Mundial. Junto a los acontecimientos internacionales, que ocupaban la mayor extensión del espacio gráfico, apenas si se asomaban en *Pegaso* los síntomas de las crisis internas del país: la quiebra de sus finanzas, la tierra sin trabajar, el nulo acceso al crédito agrícola, el estancamiento de las transacciones bursátiles y, con particular énfasis, mostraba una campaña publicitaria machacona, aunque cuidadosamente tratada: la proposición respecto de una alianza mexicana con el Coloso del Norte, que estaba a punto de ingresar a la guerra europea.

El semanario parecía inclinarse, asimismo, por la propuesta de una neutralidad diplomática frente al conflicto armado (se insistiría: “México debe mantener una prudente neutralidad, dominando vigorosamente cualquier intento por mezclarse en la vida del país”).<sup>26</sup> Destacaría, finalmente, una sugerencia: proponer como ideal la necesidad de buscar una “orientación” nacional, a partir de un proyecto reconstitutivo que tuviera como base a las instituciones del Estado.

Puede observarse en *Pegaso* un par de temas ocultos, premeditadamente evadidos: los hechos de armas de la Revolución mexicana y los resultados parciales y totales del Congreso Constituyente, que acababa de concluir en Querétaro. La guerra intestina, comparada con la mundial, había sido declarada en las páginas del impreso como inexistente: sólo se mencionó en todos los números de *Pegaso* una sola vez (y de soslayo), al tratarse el problema agrario que tocaba como fondo el reparto de tierras:

Las condiciones excepcionales en que nos hallamos por razón de los sucesos que hondamente nos conmueven hace siete años, agrava la situación de un modo alarmante, ya que los hombres que han tomado parte activa en la lucha revolucionaria son en gran parte hombres de campo que han dejado el arado por el fusil. En la relativa paz que hoy disfrutamos, no todos vuelven a sus viejas ocupaciones, ya porque han encontrado mayor holgura económica en sus tareas de hoy, ya porque la tierra que un tiempo recogió el fruto de sus sudores se encuentra todavía sustraída a la acción del gobierno y en manos de los grupos rebeldes que impiden todo trabajo rural. [...] ¿Qué pasará en la actualidad en esos lugares? Los campos abandonados y la ruina amenazante dan la respuesta.<sup>27</sup>

No volvió a ser tocado el tema de la Revolución mexicana y nunca se hablaría del debate constitucionalista. El proyecto publicitario de la revista *Pegaso*, como queda visto, estaba lejos de aquella “ingenuidad”

---

<sup>26</sup> “La actualidad política, ¿México en camino de la guerra?”, en *Pegaso* (29 de junio de 1917), núm. 16, p. 9.

<sup>27</sup> “Política agrícola. El problema de la repartición de tierras”, en *Pegaso*, México, t. I (14 de junio de 1917), núm. 14, p. 6.

política que Eduardo J. Correa le achacara, a título póstumo, a Ramón López Velarde. Se trataba, en todo caso, de otro asunto: que el poeta de Jerez se había comprometido con *otro* proyecto político, con el de la revolución cultural, que era ciertamente distinto al del Partido Católico y diferente al que proponían las facciones de revolucionarios y rebeldes; comprobaba, por otra parte, que el proyecto cultural existía y que estaba debidamente articulado, en tanto que aglutinaba a grupos diversos de la colectividad, entre los que se incluía una porción importante de la inteligencia mexicana y del clero secular.<sup>28</sup>

No nos olvidemos –al mismo tiempo– del sentido emblemático que caracteriza al Pegaso y de la imagen del “Pegaso”, como la que apareció en el primer número de la revista, que además de ser un caballo artificioso es instrumento, arma para el soldado y el guerrero, auxiliar para el trabajo rural y ciudadano del hombre común, y un medio de transporte –el más eficaz en un país sin caminos–; tampoco olvidemos que la figura del “Pegaso” es un caballo con alas, con alas angélicas surcadoras del cielo, si se quiere protectoras, auxiliares de la salvación por medio de la fe y transporte para alcanzar el Paraíso o el bienestar terreno del alma.

En el número 19 de *Pegaso* fue reproducido el grabado “Dos ideales” (“Yo puedo crear” / “Yo puedo destruir”) de C. Broughton. La imagen del “Pegaso” volvía a aparecer como figura central dentro de un conjunto de cinco elementos narrativos. En primer plano y al centro aparecía el caballo alado que un escultor –con la Iglesia como fondo y colocado a la izquierda–, esculpía martillo y cincel en mano; y a la derecha –con las tinieblas como fondo–, aparecía el guerrero destructor de esa misma figura en gestación –armado con una catapulta que estaba a punto de dirigir contra el “Pegaso”. El grabado ilustra un artículo de la serie “La gran guerra”, que comenzaba así: “La noticia más importante que se ha

---

<sup>28</sup> Bajo la dirección de González Martínez, López Velarde y Rebolledo aparecieron los primeros diez números de *Pegaso*. A partir del número 11 (mayo 24 de 1917) fungió Jesús B. González como director gerente y los tres directores originales pasaron a ser parte de la redacción [*cfr.*, t. I, p. 267] y, desde el número 16 (junio 28), González pasó a ser director y se incorporó como gerente José Ballezá [*cfr.*, t. II, p. 11]. Dentro del cuerpo de redacción aparecerían, además de los citados, Jesús Uruera, Julio Torri, Mariano Silva y Aceves, Rafael Cabrera, José D. Frías, Antonio Caso, Rafael López, Genaro Estrada, Jesús Villalpando, Alfonso Cravioto, Manuel Toussaint, Antonio Castro Leal, Esteban Flores y Enrique Fernández Ledesma. Contaba con una nómina de sesenta colaboradores (casi todos eran miembros de la inteligencia mexicana y sólo había unos pocos extranjeros); dentro del cuerpo de dibujantes se consignaba a Saturnino Herrán, Jorge Enciso, Alberto y Alfonso Garduño, Leandro Izaguirre, Antonio Gómez, Francisco de la Torre, Carlos Neve, José Tovar, Germán Gedovius, Roberto Montenegro y Ángel Zárraga; y como fotógrafos se daba crédito a Antonio Garduño, Gustavo F. Silva y Alfonso Sosa.

recibido en México en los últimos días, relacionada con la guerra europea, es sin duda alguna la que se refiere al estado de intranquilidad que reina en las altas esferas oficiales del Imperio alemán”.<sup>29</sup>

El proyecto de la revista *Pegaso* deberá analizarse ahora como la proposición de una vía ideológica alterna para México, que apuntaba hacia la integración nacional, sólo que distinguía la ciudad del campo como distinguía el centro de la periferia y el interior, es decir que el modelo tendría en la capital al eje rector de las oligarquías regionales, desde donde el gobierno mantendría el control a través del mandato de las leyes y del Estado de derecho. El proyecto que se vislumbraba en *Pegaso* combatía, por otra parte, todos los radicalismos (en sus páginas se atacó con amplitud al nazismo; López Velarde atacaría la lucha campesina armada, todo acto de violencia y defendería la integración cultural de la República). El proyecto de *Pegaso* fue, por tanto, político: advertía el peligro de las presiones hegemónicas de Estados Unidos; y si fincaba como fundamento el respeto a la diferencia –dentro del espacio soberano y aun más allá de las fronteras– no contemplaba, en cambio, ni las libertades de culto religioso ni la educación laica, cuya trascendencia se había puesto a debate en el Congreso Constituyente y cuyas conclusiones se reflejaron en la redacción de los artículos tercero y 130 de la nueva Constitución.

Por lo que respecta a su obra como cronista, en *Pegaso* López Velarde se preciaba de ser “un observador suficiente de las congestiones políticas”, de poseer “sentimientos antimilitaristas” y hasta de apiadarse “de las explotadas bestias”,<sup>30</sup> que no eran sino las prostitutas callejeras o los católicos apóstatas. Además de su labor como cronista y redactor, se había vestido con otro hábito: el de actor público; su función consistía en generar opinión y en convertirse, más que en un *repórter*, en divulgador de ideales.<sup>31</sup>

A pesar de haber fracasado el proyecto defendido por *Pegaso*, el papel que jugó en él López Velarde añadiría un elemento distinto que habrá de tomarse en cuenta al realizar el análisis de sus obras: bajo esta nueva condi-

---

<sup>29</sup> Cfr., *Pegaso*, t. II (julio 20 de 1917), núm. 19, pp. 78-79.

<sup>30</sup> Ramón López Velarde: “Crónica. La Avenida Madero”, en *Pegaso* (8 de marzo de 1917), núm. 1, p. 2.

<sup>31</sup> En *Pegaso*, López Velarde publicó estas prosas: “La avenida Madero” (núm. 1, pp. 13-14 [las páginas corresponden a la edición facsimilar]); “Semana Mayor” (núm. 5, p. 109); “Encuesta de *Pegaso* sobre la guerra” (núm. 6, p. 136 [que apareció con el título “La guerra”, en sus *Obras, op. cit.*, pp. 442-443]); “Megalomanías. Maquetas” (núm. 12, p. 280); “Poesía y estética” (núm. 16, p. 13); y “Literatos y mujeres” (núm. 19, p. 73).

ción deberán revisarse sus colaboraciones y su participación personal, que fue activa e intensa aun sin dejar de lado ni suspender su proyecto individual como escritor. Las páginas de *Pegaso* le ampliaron sus horizontes literarios, constriñeron su nostalgia y le servirían para la reafirmación de sus principios éticos y para la perfección de los estéticos. Una prueba irrefutable: los ocho poemas que aparecieron en *Pegaso* como adelantos de *Zozobra*, su “próximo libro”, que en 1919, bajo el sello de México Moderno y la dirección de González Martínez, publicaría el poeta de Jerez.<sup>32</sup>

Revisemos ahora, con base en estos antecedentes, el ciclo creador de López Velarde durante la última etapa de su vida. Poco antes de comprometerse con el proyecto de *Pegaso*, había dado a la publicidad la versión definitiva de *La sangre devota* y cómo, en torno a la situación nacional, reorientaría su estética, afianzaría su estilo, con el que escribiera los poemas de *Zozobra* y otros más —algunos de los cuales aparecerían en su libro póstumo: *El son del corazón—*; y luego de publicar *Zozobra* escribiría, bajo esta misma óptica pero en torno a una realidad mexicana diferente, su poema de denuncia social: “La suave patria”, que publicó en un órgano oficial masivo: *El Maestro. Revista de Cultura Nacional*, vehículo del proyecto vasconcelista para la cruzada por la educación.<sup>33</sup>

Los textos de la etapa final de su vida, una vida increíblemente corta pero infinitamente enriquecedora, pusieron de manifiesto una sorpresa más, agregada a la reiteración por lo clásico: la diversificación del criollismo cultural hacia la precisión del mestizaje nacionalista, que quedaría representado por su retorno a la pureza formal, por una intención metafórica sugerente y por la consecución de una unión inalterable: musicalidad y sentido textual profundo, en tanto que soportes de un contenido predominantemente ideológico: el ser presente y pretérito del mexicano, su creencia y sus sentimientos.

“La suave patria”, por lo que se refiere al aspecto anterior, debe compartir honores con el “Romance de José Conde”, de Enrique González Rojo.<sup>34</sup>

---

<sup>32</sup> *Pegaso* publicó estos adelantos: “Del próximo libro *Zozobra*” (“Mi corazón se amerita...”, “Las desterradas” y “Tus dientes” [núm. 2, p. 41]); “Poemas inéditos... de Ramón López Velarde” (“Despilfarras el tiempo...” y “Como en la Salve...” [núm. 13, p. 294]); y “Poemas inéditos... de Ramón López Velarde” (“La estrofa que danza”, “Dejad que la alabe” y “Tierra mojada...” [núm. 15, p. 334]).

<sup>33</sup> Ramón López Velarde: “La suave patria”, en *El Maestro. Revista de Cultura Nacional*, México, t. I (junio de 1921), núm. III, pp. 311-314.

<sup>34</sup> Enrique González Rojo: *Romance de José Conde*, México, dibujos de Raimundo Lazo, Ediciones Letras de México a cargo de Miguel N. Lira, 1939, 32 pp. González Rojo, por cierto, era hijo de González Martínez y estuvo encargado en *Pegaso*, siendo un adolescente, de la sección fija de ajedrez que firmaba como “Enrique González Martínez jr.”



Piezas testimoniales, escritas desde perspectivas casi antitéticas, son puente y caudal de una misma identidad: mientras “La suave patria”, desde el punto de vista estetizante, forma parte de lo culto y gira, evoluciona hacia el vuelo popular, el “Romance de José Conde” —que alababa al zapatismo y a Zapata, el caudillo revolucionario que le resultaba antipático a López Velarde—, es poema que historia y dignifica el carácter agrario de la lucha popular, no obstante haber sido escrito por un poeta culto, un “purista” del grupo de la revista *Contemporáneos*. Por lo que se refiere a los aspectos formales de ambos poemas, pudiera señalarse, entre otras, un par de contradicciones aparentes: “La suave patria” ha sido resuelto en versos endecasílabos, el metro culterano por excelencia; en tanto que el “Romance de José Conde” ha sido escrito en versos octosílabos, el metro popular dentro de la lírica castellana. Estamos, entonces, frente a dos vertientes del mismo río poético que ha sustentado el contenido cultural de la nación mexicana.

Esta visión nostálgica del interior de la República —reflejada por última vez en diversas estancias de “La suave patria”—, sólo pudo ser adquirida por López Velarde desde un espacio ajeno y a través de la distancia; sólo le fue concedida al llegar al gran centro, sólo desde la ciudad y desde el ombligo del universo fue posible. La estancia en la capital lo proveyó de los instrumentos íntimos necesarios para incorporar a su sentimiento profundo la versión inalterable de ese otro sitio interior poblado por la infancia, desde donde se ha confrontado con los problemas de la realidad nacional. Sólo la capital le traería, a la marcha de su compleja visión, el espacio de la provincia, al que volvió en plena lucha y sólo con el transporte del sentimiento que lo mantuvo aislado e inmerso en mares de nostalgia.

Ramón López Velarde murió el 19 de junio de 1921 en la Ciudad de México: un lugar nutricio, umbilical, en donde el hombre de Jerez esperaba tener, más que un diálogo amoroso, el matrimonio indisoluble y eterno con “una Fuensanta más espiritualizada”, que se transfiguraba “en visiones cósmicas, así como en encuentros más allá de la muerte”. Y, con Fuensanta, la provincia se transformó en López Velarde, hasta lograr dentro de sus valores éticos y morales la visión de una “nueva profundidad espiritual”.<sup>35</sup>

---

<sup>35</sup> Allen W. Phillips: “Nuevo encuentro con López Velarde”, *op. cit.*, p. 304.